

¿CAMILO TORRES TODAVIA?

Otto Maduro

*Quiero confirmar que soy revolucionario
porque soy sacerdote y porque soy católico*

Camilo Torres

Ya el Concilio Vaticano II estaba en marcha. Había muerto el Papa bueno Juan XXIII, y otro buen Papa, Pablo VI, dirigía entonces los destinos de la Iglesia. Muchos cristianos latinoamericanos sentíamos que la pobreza de las mayorías no era un hecho accidental, natural, puramente pasajero ni, tampoco, una realidad provocada o querida por Dios. Al contrario: Se nos hacía cada vez más incómodamente claro, cada día más retardadamente obvio que el sufrimiento y la miseria de las mayorías es el resultado de estructuras sociales (humanas, pues) injustas modificables y contrarias al mensaje evangélico. Era el año de 1965. Leíamos —a menudo por primera vez— la Biblia, los escritos de algunos padres de la Iglesia (Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio...), las encíclicas de Juan XXIII y la carta de los sacerdotes obreros franceses a los padres del Concilio. A veces, también, leíamos a Emmanuel Mounier, a Pierre Teilhard de Chardin, Louis Joseph Lebret, Ignace Lepp, Jean Cardonell y Paul Blanchart... un montón de franceses que católicos y casi todos curas— pensaban que era hora de que los católicos asumiéramos el reto de entregarnos por entero a construir una sociedad realmente humana y justa. Eran tiempos de huracán en la Iglesia: cada vez más difícil seguir siendo confortablemente cristiano en un mundo de mayorías pobres y minorías ricas. Algunos obispos latinoamericanos —como pocos años antes Monseñor Arias Blanco en Caracas— empezaban a hacer de los pobres y la justicia el centro de su reflexión y acción pastoral.

...E IRRUMPE CAMILO...

Camilo Torres no era, pues, tan original ni excepcional; no salió de la nada. Era un joven sacerdote colombiano, hijo de una familia rica, poderosa e ilustre. Era una persona afable, gentil y estudiosa, obediente y amante de la iglesia, orgulloso de su catolicismo y de su sacerdocio. Se graduó en sociología en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y a su regreso a Colombia se puso a estudiar de cerca la realidad económica y social colombiana y a trabajar como sacerdote en medio de la realidad universitaria. Su honda sensibilidad ante la dura realidad de los pobres de Colombia, su conocimiento cada vez mayor de la historia y los mecanismos de la pobreza, la llamada creciente de la Iglesia —sobre todo de Juan XXIII en adelante— a construir la justicia y la paz en el mundo... todo eso fue llevando a Camilo a entregarse más y más a la lucha contra la in-

justicia social. Ya desde 1962 eso empezó a traerle problemas dentro y fuera de la Iglesia, a pesar de que su forma de luchar era bastante respetuosa, obediente, paciente y pacífica. Poco a poco, empero, Camilo empezó a sentir que los problemas de los pobres eran demasiado graves y urgentes: cada día morían por desnutrición centenares de niños colombianos cuando —en realidad— existían suficientes recursos para “dar de comer al hambriento”... sólo que tales recursos eran acaparados por una minoría poderosa. Y Camilo sintió que el amor eficaz al prójimo exigía métodos más rápidos y radicales que los que hasta entonces él mismo había usado. Así, Camilo entra en 1965 a formar el Frente Unido: un esfuerzo por unir y organizar a los pobres de Colombia para que ellos mismos dirigieran una revolución social destinada a lograr la justicia. A fines de ese año —empujado por la dinámica del Frente, de sus relaciones con otras organizaciones revolucionarias y de su propia situación política personal— Camilo se une a la lucha guerrillera. En febrero de 1966 —hace justo 20 años— muere abaleado por efectivos del ejército colombiano en un encuentro entre guerrilleros y soldados.

LO QUE CAMILO PRODUJO

Camilo sacerdote tomó las armas para luchar por la liberación de su pueblo oprimido. Para muchos, esto es lo que resulta imperdonable: tomar las armas... imperdonable por imprudente, por ineficaz, por innecesario o por criminal. En la primera guerra de independencia muchos seminaristas y sacerdotes fueron también condenados por haber tomado las armas con los patriotas contra los realistas. Y otros las tomaron con los realistas, contra los patriotas. Hoy aún, hay sacerdotes que tienen grado y entrenamiento militar co-





mo capellanes de ejércitos. Y ¿quién se escandaliza? Quizás Camilo: abrumado por la violencia institucional que luego condenó Medellín, desesperado por el silencio y la complicidad de muchos cristianos, esperanzado en una solución dolorosa pero breve y radical (como cualquier operación quirúrgica)... así Camilo tomó las armas. Pero reducir a Camilo a ese gesto de sus últimos meses de vida ¿no es —otra vez— hacerse el loco ante la miseria latinoamericana contra la cual luchó? ¿No es —de nuevo— escurrir el bulto ante la explotación causante de tal miseria? ¿No es —en fin— evadir nuestra responsabilidad en la injusticia cotidiana que sufren los latinoamericanos en su mayoría? Camilo hizo otras cosas antes y por encima de la lucha armada: entregar cada día más, a cualquier riesgo, su tiempo todo, su esfuerzo todo, su vida toda a una sola causa... contribuir a "dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, de cobijar al sin techo, de curar al enfermo..." Es decir, Camilo lo que hizo fue recordarnos a los cristianos que raramente nos atrevemos a ser realmente cristianos, a entregarnos de verdad a hacer del mundo un mundo de hermanos, hijos del mismo Dios, a tratar de verdad al prójimo oprimido como hermano nuestro. Eso es lo que molesta de Camilo. Por

eso, para muchos, mejor olvidarlo... y lo de la violencia armada es una buena excusa para echarlo entre los condenados o los preteridos.

O SEA ¿VES?

Resulta fácil aceptar calladamente la violencia del hambre, del desempleo, del rancho sin agua ni luz, del hospital sin puesto ni medicamentos, de las redadas policiales y del futuro prohibido... ¿fácil? Sí, cuando todo eso le sucede a los demás. A Camilo Torres no le sucedía nada de eso, y sin embargo no lo aceptó. Resulta fácil quejarse de la violencia de los que es-

tán contra uno, de los que no son "como uno" de quienes no defienden los privilegios de uno. Camilo hizo lo difícil, lo contrario en cierto modo. Resulta fácil ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el ojo de uno mismo ¿cierto? Camilo se hizo molesto para sus familiares y amigos de la oligarquía, y para muchos otros cristianos de familia acomodada (como él), porque hizo lo difícil: reconocer la viga en el propio ojo y esforzarse en quitarla de allí. Es decir, como cristiano de familia adinerada puso la fuerza de su fe, de su formación y de sus recursos económicos al servicio entero de quienes no tienen otra riqueza que su escasa vida y su esperanza pese al dolor. Y murió por eso... no por lo de las armas: allí está el pacífico de Monseñor Oscar Romero, muerto también por la mismísima causa; pero más difícil de justificar su asesinato. Quizás sin Camilo no hubiera habido Romero. O quizás sí: la opresión sigue presente, y la buena nueva que sigue anunciando la liberación de los oprimidos también permanece. En todo caso, Camilo amigo, tal y como lo querías tú, te puedo asegurar que tu muerte no fue infructuosa... cada vez hay más cristianos en esta tu patria grande que siguen abriendo caminos hacia donde tú querías ir... hacia una tierra donde no haya injusticia ni guerra, hacia la justicia, pues, que es el nuevo nombre de la verdadera paz.

